

LA FILOSOFÍA DE PLATÓN

LIBRO PRIMERO

Existencia de las Ideas.

CAPITULO PRIMERO

MÉTODO DE DEMOSTRACIÓN PLATÓNICA

- I. ¿Demostró Platón la existencia de las Ideas?—II. Pruebas indicadas por Platón y por Aristóteles: su clasificación en inductivas y deductivas.—III. Dogmatismo de Platón.

I

Aristóteles reprocha á Platón por no haber establecido científicamente la existencia de las Ideas. No se encuentra, en efecto, en los diálogos demostración propiamente dicha. Por lo común, Platón pone como evidente la existencia de la *verdad* absoluta, de la *belleza*, de la *justicia*: «No veo nada tan evidente como la existencia, en el más alto grado posible, de lo bello, de lo bueno y de todas las demás cosas de ese género, existencia que está suficientemente demostrada (1).» «¿Diremos que hay algo, que es la justicia misma, ó que no hay nada de esto? Por Júpiter, lo diremos. ¿No diremos otro tanto de lo bello y de lo bueno?» «¿Acaso

(1) *Phedon*, 177, b.

las cosas no son justas por la justicia y bellas por la belleza? *La justicia, ¿no es algo real (1)?*» Esta ausencia de pruebas *regulares* no proviene solamente de la forma libre y poética de los diálogos; tiene causas más profundas, ya en el carácter mismo de Platón, ya en la opinión que se había formado del valor de las pruebas lógicas. El principal rasgo de Platón, el que resalta más peculiarmente en la lectura de sus obras, es precisamente la fe en las Ideas, es decir, en la verdad, en la belleza, en la justicia. «Toda alma, dice, tiende naturalmente hacia lo que es inmutable y eterno, como si fuese de su misma naturaleza», y cuanto más elevada es un alma, más viva es su fe. Lo que admira á Platón, no es la existencia de lo ideal y de lo perfecto, sino la del mundo sensible, donde lo feo se mezcla con lo bello, el no ser con el ser, el mal con el bien. Si la verdad, la belleza, la justicia, la perfección no son reales, ¿dónde estará la realidad? La plenitud de la existencia, ¿es, pues, lo contrario de la existencia? á Platón exclamaría voluntariamente: «¿Por qué había de existir lo imperfecto y lo perfecto no? La perfección no es un obstáculo al ser, sino la razón de ser.»

¿Cuál es, por lo demás, el verdadero alcance de las demostraciones lógicas? ¿Serían capaces de darnos las Ideas, si no las llevásemos ya en nuestra alma? Platón cree que no: la reflexión bien interrogada demuestra la insuficiencia de la reflexión misma, y la necesidad de un procedimiento superior; la intuición primitiva, la *νόησις*. La razón y las Ideas están íntimamente unidas; lo inteligible y la inteligencia se penetran lo uno á lo otro, en una intuición inmediata, pero confusa. El alma, decía Sócrates, está llena de verdad (2). Sólo es

(1) *Hippias Primero*, 177, b.

(2) V. el *Theetetes* y el 6.º libro de la *República*.

necesario que esta verdad aparezca muy iluminada. La reflexión y la lógica deben aclarar y desenvolver lo que envuelve la oscuridad de la fe instintiva. Hay, pues, un género de pruebas que, lejos de ser inútiles, confirman la creencia en las ideas elevándola á la altura de un conocimiento. ¿Cómo concibe Platón estas pruebas? ¿Por qué método las hubiera establecido, si hubiese emprendido una demostración regular de su doctrina? ¿No se halla en los diálogos huella alguna de este método y de estas pruebas?

II

El *Timeo* y la *República* contienen la indicación de una prueba positiva de la existencia de las ideas. «Los objetos que vemos, y todos los que percibimos por nuestros sentidos corporales, ¿son los únicos que tienen una realidad propia, y no hay absolutamente ninguna otra más que esta? ¿Nos engañamos, pues, al decir continuamente que á cada uno de ellos corresponde una especie inteligible, y no son estas más que vanas palabras?... Si pudiésemos encerrarnos en los justos límites, de manera que se dijese mucho en pocos términos, sería lo más conveniente á las circunstancias. Véase mi juicio personal en esta cuestión: si la inteligencia y la opinión verdadera son dos cosas diferentes, es de todo punto imprescindible creer en la existencia por sí de las especies que no caen bajo el dominio de los sentidos, y que sólo nuestra inteligencia puede comprender; pero si, por el contrario, como piensan algunos, la opinión verdadera no difiere en nada de la inteligencia, todas las cosas que percibimos mediante una acción corporal, deben ser juzgadas

como las más sólidas. Pero estas cosas son de dos géneros, porque se forman separadamente y son desemejantes (1).»

En este pasaje del *Timeo*, la existencia de las especies inteligibles se funda en una prueba muy psicológica: la distinción, en la inteligencia humana, de dos facultades diferentes por su *naturaleza*, y consiguientemente por sus *objetos*: la razón y la opinión. Esta prueba está igualmente indicada en la *República*. «Las facultades son una especie de seres que nos hacen capaces, á nosotros y á los demás agentes, de las operaciones que nos son propias. Por ejemplo, llamo facultad á la potencia de ver, de entender. No veo en cada una de estas facultades ni color, ni figura, ni nada semejante á lo que se encuentra en otras mil cosas, en las que puedo fijar la vista, para mejor hacer las distinciones congruentes. No considero en cada facultad más que su objeto y sus efectos; por esto las distingo. Llamo facultades idénticas á las que tienen el mismo objeto y producen los mismos efectos, facultades distintas de aquellas cuyos objetos y efectos son distintos (2).» Sigue la distinción de la opinión y de la ciencia, que lleva á la afirmación de las ideas.

Platón ha consagrado todo un diálogo al desarrollo de esta prueba psicológica, el *Theetetes*. Aristóteles, en el libro XIII de la *Metafísica*, cuando da comienzo á la empresa de refutar á Platón, y reduce á dos pruebas principales la demostración de la existencia de las ideas, cita, en primer lugar, la prueba sacada de la necesidad de las ideas para la ciencia.

Es lícito concluir que Platón, en una exposición re-

(1) *Timeo*, p. 51, b, c.

(2) *República*, V, 477.

gular y didáctica de su sistema, hubiera colocado en primer término la prueba psicológica. Fiel al método de Sócrates, que toma por punto de partida la observación de sí mismo, Platón hacía reposar su doctrina en el análisis del conocimiento y de sus diversos grados. El *Theetetes* y el libro VI de la *República* son una prueba palpable de esto. Ninguna demostración lógica, ninguna serie de deducciones es superior, para Platón, al simple análisis psicológico de nuestras facultades intelectuales.

La segunda razón de la existencia de las ideas, indicada por Aristóteles en su *Metafísica*, es la consideración de la *unidad* en la *pluralidad*. Los objetos sensibles, diversos y mudables, suponen con superioridad á ellos la unidad inmutable en la cual tienen su razón y su esencia. Esta prueba se encuentra repetida en cada página de Platón, y forma el complemento natural de la precedente. Después de haber considerado el sujeto pensante, Platón considera el objeto del pensamiento. La observación de nosotros mismos había conducido á esta conclusión: el alma sólo es inteligente por las Ideas; la observación del mundo exterior condujo á una conclusión inseparable de la primera: la Naturaleza sólo es inteligible por las Ideas. Todas las pruebas posibles se reducen, pues, á estas dos grandes proposiciones que desarrolla el VI libro de la *República*. Hay pensamiento, hay ser; ahora bien, la Idea es el principio necesario de todo pensamiento y de toda existencia; luego es la suprema realidad, en la cual se unen eternamente el pensamiento y el ser.

Estas pruebas que atribuyen el pensamiento y el ser, el alma y la naturaleza á un principio superior, se llamaban en la antigüedad pruebas inductivas;

contienen lo que podría llamarse la dialéctica ascendente. Pero no son estas las únicas. Las pruebas deductivas, que pertenecen á la dialéctica descendente, representan como el contrapeso y la justificación de las primeras. La lógica, según Platón, presta su apoyo á la psicología y la metafísica. Sacada por inducción y como *puesta* á la vista de la inteligencia, la Idea parece conservar aún el carácter de una hipótesis (ὑπόθεσις), mientras no haya sido sometida á una prueba lógica. Es preciso que el raciocinio analice todas las consecuencias de la Idea, á fin de ver si se contradicen entre sí, y si contradicen á su principio. «Pues si se llegase á atacar el principio mismo, ¿no dejarías sin respuesta este ataque, hasta que hubieses examinado todas las consecuencias que fluyen de este principio, y reconocido si concuerdan ó no entre sí (1)?» Así, para despejar á la idea de todo carácter hipotético, es preciso remontarse á sus principios y descender á sus últimas consecuencias. El *Sofista* y el *Parménides* constituyen las principales aplicaciones de este método. La Idea, previamente sentada por la razón, es demostrada por el razonamiento. La intuición espontánea está sometida á la prueba de la reflexión y del pensamiento discursivo. A decir verdad, para probar la existencia de las Ideas, hay que echar mano de toda la teoría de las Ideas, lo mismo en sus primeros principios que en sus últimas consecuencias. Si esta teoría lo aclara todo, si allana todas las dificultades, si resiste á todos los esfuerzos de la deducción, entonces el objeto de la fe natural habrá recibido, por decirlo así, sus títulos de legitimidad científica. La ciencia y la lógica habrán confirmado lo que el pen-

(1) *Fedon*, 100, a.

samiento y el amor, por una inducción rápida, aunque regular, habían ya percibido. La Idea, objeto de creencia, se habrá convertido en objeto de ciencia. No será ya una hipótesis, sino un principio evidente.

Toda la teoría de las ideas es, pues, una prueba de las Ideas. Platón quiere hacer ver que su doctrina es la verdadera, que sólo ella vive, que sólo ella asegura el progreso del espíritu; por esto, responde á las objeciones como Diógenes á Zenón de Elea, marchando. De ahí la necesidad de establecer, en todos los trabajos sobre las Ideas, una gradación continua que, partiendo de la fe natural, llega á la convicción razonada, después de haber ascendido ó descendido por la larga serie de los principios y de las consecuencias. No son bastantes todos los procedimientos del espíritu y todos los recursos de la ciencia para demostrar las Ideas; porque las Ideas son para Platón la ciencia misma, y al constituirse, al vivir, al progresar, la ciencia demuestra su propio valor.

En resumen; el verdadero método filosófico, de acuerdo con la doctrina de Platón y con el testimonio de Aristóteles, conduce á la división siguiente de las pruebas de la existencia de las Ideas:

a) Prueba psicológica por el estudio de las condiciones del *conocimiento* (el *Theetetes*).

b) Prueba ontológica por el estudio de las condiciones de la existencia (el *Fedon*, el *Filebo*, la *República*, etc.).

Tales son las dos pruebas inductivas.

c) Pruebas lógicas por el análisis de las consecuencias, ó demostración de la teoría, por sus aplicaciones de todas clases, metafísicas, morales, políticas, estéticas.

III

El conjunto de estas pruebas, de formas en extremo libres y variadas, y cuyo alcance parece algunas veces muy negativo, constituye un dogmatismo real, pero demasiado comprensivo para reducirlo á las estrechas proporciones de los sistemas ordinarios. Muchas veces se ha puesto en duda el dogmatismo de Platón; y hasta la libre dirección de su genio, su dialéctica *ondulante y diversa* ha infundido sospechas de escepticismo sobre el espíritu más especulativo, más atrevido y más *creyente* de la antigüedad. Uno de sus hábiles comentadores, Grote (1), no ha observado, ó al menos no ha apreciado, más que lo que llama la vena negativa de Platón (*the negative vein*) y su método de examen contradictorio, de examen en cruz (*cross-examination*) (2). Es esta, seguramente, una de las partes más principales del platonismo; es el pensamiento griego en toda su libertad de investigación científica, que gusta desplegar su vigor y ligereza en las luchas intelectuales; pero, al cabo, es la parte socrática y zenoniana, algunas veces hasta sofística, más bien que platónica. Esto no es para Platón más que un procedimiento de ensayo previo y como de experimentación dialéctica; pero su método abraza, como veremos, otros muchos procedimientos. Podemos llamarlo con Grote, pero en otro sentido, un método de examen *en cruz*. Hay casi siempre en la doctrina de Platón

(1) *Plato and the other companions of Sokrates*. Londres, 1867.

(2) Término de jurisprudencia que designa la discordia ó disputa entre el acusador, el defensor y los testigos.

cuatro tesis opuestas que se cruzan, por decirlo así, y que nos hacen ver cada cuestión bajo cuatro aspectos distintos, principales é igualmente necesarios á una solución completa. El *Parménides* es el ejemplo más riguroso de este cuádruple procedimiento, al cual somete Platón todas las cuestiones; pero al leer los otros diálogos, cuya forma es más irregular, es preciso no olvidarse de completar el pensamiento, algunas veces incompleto de Platón, con arreglo al método que emplea en el *Parménides*, en el *Sofista* y en el *Filebo*, y del cual siempre se ha preocupado más ó menos. En el *Parménides*, Platón propone sucesivamente la *tesis* y la *antítesis*, la negación de lo uno y de lo otro; y, por último, la afirmación simultánea de lo otro y de lo uno. Son éstos, como hoy se diría, cuatro momentos necesarios del pensamiento que forman, si se quiere, un examen *en cruz* de la cuestión. A decir verdad, es más bien una trilogía que comprende una tesis afirmativa, una antítesis negativa y una síntesis, primero negativa, después afirmativa. Indudablemente, Platón no emplea estos tres procedimientos de un modo constante, uniforme y como sistemático; pero no por eso ha dejado de comprender que su teoría de las Ideas llevaba necesariamente á esta serie dialéctica de afirmaciones y negaciones. Veremos en el *Sofista* que cada idea contiene mucho de ser y mucho de no ser. Una Idea *es* lo que es, y *no es* una multitud de otras cosas; junto con su determinación positiva, con su unidad y su identidad, contiene siempre una multiplicidad de diferencias negativas; esto es lo que hace necesaria la aparición de una Idea superior que incluya en una síntesis más amplia, en una determinación más comprensiva, las Ideas inferiores que han servido de punto de partida. La dialéctica consiste en esta

serie de análisis y de síntesis, que hacen de *uno muchos*, de *muchos uno*. Platón aplica este método á los sistemas de sus antecesores: los propone, los opone y los concilia. Por ejemplo, en el *Sofista* pone en contraste el sistema del movimiento universal y el del universal reposo (tesis y antítesis); después deduce que ni uno ni otro son verdad (síntesis negativa ó doble negación), porque unos y otros son verdaderos á la vez por diversas razones (síntesis afirmativa ó doble afirmación). Demostrar, según Platón, no es aferrarse á un principio exclusivo y contentarse con deducir sus consecuencias lógicas; es completar un principio con otro, una consecuencia con otra, una Idea con una Idea; demostrar, es mostrar las Ideas bajo todos sus aspectos; es no despreciar ninguna negación, así como ninguna afirmación; es tratar el asunto en todos sentidos bajo la dirección del pensamiento. Demostrar, es hacer ver una Idea, como un rayo de luz, reflejándose en todos sentidos y en todos los medios, desenvolviendo todos sus matices, sus sombras como sus claridades; después, el dialéctico reúne todos los rayos en un mismo haz, los concentra en una misma luz y los junta en la hoguera universal, en el *sol inteligible*, unidad suprema de donde deriva la multiplicidad infinita de esencias é inteligencias. En una palabra: demostrar es comprender, y comprender es abrazar toda la multiplicidad en una unidad. Platón no es de los que dicen: el que mucho abarca, poco aprieta; más bien diría: el que no lo abarca todo, no aprieta nada; la verdad, que se cree entonces tener por una parte, se escapa por otra. De ahí una crítica despiadada de los sistemas estrechos que se atreven á decir: soy la verdad, toda la verdad; pero esta crítica no es negativa sino respecto á las mismas negaciones, y lo

que Platón deja siempre entrever más allá es la afirmación de las Ideas (1).

Muchos diálogos tienen este carácter negativo, pero hay también muchos que son francamente dogmáticos. Es, además, cierto que los diálogos escritos tenían casi siempre, á los ojos de Platón, un carácter más ó menos esotérico; los consideraba como preparación á una enseñanza más infusa y ordenada, es decir, á las lecciones orales (2). No había contradicción alguna entre

(1) Espero que mi exposición hará ver, con creces, cuánto se apartan de la verdad los que, como Grote, sostienen que «no atraviesa los Diálogos una idea verdaderamente común (obra citada, t. II)». Véase en particular mi análisis del *Cratyló*, diálogo á que Grote no concede puesto y lugar entre los otros. Por las contradicciones, reales ó supuestas, de Platón consigo mismo se pretende, muy ligeramente, probar la falta de doctrina concreta en este filósofo. Empero tales contradicciones son bastante menos numerosas de lo que se cree, versando sobre detalles secundarios; y aunque de hecho fuesen más efectivas y frecuentes, no bastan para justificar que la mente de un pensador haya errado ó variado en el conjunto, ni en nombre de ellas se tiene derecho á negarle un espíritu sistemático y una teoría propia.

(2) Se ha repetido sin cesar que no hubo propiamente lecciones orales, puesto que la antigüedad no las ha visto nunca; pero es claro que la antigüedad no ha podido ver lecciones no escritas. No es menos cierto que Platón profesaba una enseñanza oral, á la que Aristóteles se remite muy frecuentemente. El mismo fundador del Liceo había redactado ó copiado en parte las lecciones de su maestro en el tratado del Bien, como confirmaré, al hablar de los atributos de Dios, reproduciendo un fragmento platónico, en que se demuestra la inmutabilidad divina, y como ha notado ya Ravaisson en su *Essai sur la métaphisique d'Aristote*, t. I. Hay también en Aristóxenes (*Harmonías*, II, 30) un curioso pasaje en que se refiere, según el testimonio de Aristóteles, el efecto producido sobre los oyentes por las abstractas y severas lecciones de Platón. Los que asistían á lecciones sobre el soberano bien, creían ir á oír hablar de la gloria, de la belleza, de la santidad y de todo lo que pasa por bienes á los ojos de los hombres; pero oían hablar de la

la enseñanza escrita y la no escrita; pero es evidente *a priori*, y según el testimonio de Aristóteles, que las lecciones orales eran más sistemáticas y atrevidas en sus afirmaciones. Aristóteles nunca trata á Platón como un escéptico; le refuta más bien por afirmar que por negar demasiado; para él, Platón está compendiado en la teoría de las Ideas; todas las partes de su filosofía se reducen á ella; todos sus pensamientos convergen en este punto.

No atribuiremos, pues, á Platón un dogmatismo extraño á sus costumbres, reduciendo su filosofía á la teoría de las Ideas; mostraremos en todos sus diálogos, ó evidentes alusiones á esta teoría, ó argumentos directos que tienden á establecerla y confirmarla. Solamente nos veremos conducidos á ordenar su sistema más regularmente de lo que los diálogos lo hacen. De este modo recompondremos, con ayuda de los diálogos mismos y de Aristóteles, la enseñanza oral. Para esto, aplicaremos al mismo Platón su propio método; al abrazar en el detalle de las partes y en la unidad del conjunto su vasta doctrina, haremos de *uno muchos* y de *muchos uno*; pondremos ante los ojos del lector, no sólo la forma exterior y las múltiples apariencias del platonismo, sino su íntima unidad y como su esencia inteligible.

mónada y de la *diada* indefnida, y volvían desagrabadamente sorprendidos. En las *Cortas* que el mismo Grote (*Plato and the other companions of Sokrates*, I, 220) mira como auténticas, Platón repite que no se debe revelar al vulgo las partes más bellas y más difíciles de la filosofía. Todo el mundo conoce la frase: No entre aquí el que no sea geómetra.
